





BARCELONA CIUDAD



BARCELONA CIUDAD

José M.^a Sanz, Loquillo



Barcelona • Bogotá • Buenos Aires • Caracas • Madrid • México D.F. • Montevideo • Quito • Santiago de Chile

1.ª edición: abril 2010

© José María Sanz, «Loquillo», 2010

© Ediciones B, S. A., 2010

Consell de Cent 425-427 - 08009 Barcelona (España)

www.edicionesb.com

Printed in Spain

ISBN: 978-84-666-2352-0

Depósito legal: B. 14.161-2010

Impreso por LIBERDÚPLEX, S.L.U.

Ctra. BV 2249 Km 7,4 Polígono Torrentfondo

08791 - Sant Llorenç d'Hortons (Barcelona)

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ÍNDICE

Nota del autor	9
Barcelona ciudad	11
Alpe	13
Arte y ensayo	21
¿Dylan? ¿Dylan Thomas?	27
Marienbad	31
La Monumental	35
Diarios de baloncesto.	41
¿Dónde estabas tú en el 77?	49
Diarios de baloncesto (Reprise).	61
La importancia de no conocerse en una biblioteca . .	65
Gay & Company	73
El Kaki	79
Martin J. Louis y Bertha M. Yebra	83
Ramoncín	89
Hasta luego, cocodrilo.	93
No bailes r'n'r en El Corte Inglés.	97
Tabú 78	101
Canet Rock.	107
<i>La Belle Dame sans merci</i>	111
Cazadora de cuero	115

Nosotros los malditos	119
<i>Spanish Stroll</i>	129
Cerveza, chicas y... ¡Rockabilly!	133
Bienvenido al <i>show business</i>	139
Salón Cibeles	143
Bienvenido al <i>show business</i> (Reprise).	147
<i>Oh, Danny Boy</i>	155
<i>Teddy Boys Rules OK</i>	159
<i>Star</i>	163
Miguel Ríos	169
Jaime y yo de paseo por los jardines de la Uni	173
Los bajos de Aurrera	181
España limita al sur con el Reino Unido	185
El final de la década.	193
Último Resorte	201
Me convertí en hombre lobo por culpa de los Ramones.	205
Los Rebeldes	209
El día que conocí a Gay Mercader	215
El mundo es un lugar extraño (Donde vive gente muy rara)	221
Los Guacamayos	227
Los Intocables	231
C-pillos.	237
Los tiempos están cambiando	241
¿Vida en Marte?	249
El sonido del silencio	257
A qué suena esta época: 100 discos.	261

NOTA DEL AUTOR

Ésta es una crónica personal, mi crónica, mi historia, la de mi adolescencia personal e intransferible.

Ésta es una crónica urbana, con leyendas infundadas, patrañas juveniles, titulares de los periódicos que marcan los acontecimientos históricos y el imaginario colectivo.

Hace historia, pero no lo pretende, aunque desde luego no habría sido igual antes de 1975 y tampoco sería lo mismo después de 2000.

Es una historia dentro de la historia de la Transición política, pero no es una crónica política.

Barcelona es su decorado, su telón de fondo, siempre presente, un personaje importante porque me define y se define.

La descubro, como a una mujer llena de misterios, y me la bebo de un trago, me pierdo en sus laberintos.

Es una Barcelona que ya no existe, es mi Barcelona, de la que ya no quedan más que cenizas.

La música está tan presente en cada línea, que podría ser un surco de los discos de entonces, porque es el hilo conductor, sin ella, no se pone en marcha.

Siempre hay algo que suena.

La música es la que me cambia la vida, la que me enseña a vivirla.

Éste es un libro con banda sonora.

Los amigos son los de siempre, los que perduran, cada uno en su camino, como las canciones.

La ciudad y las mujeres han sido pasto de las llamas.

San Sebastián, enero de 2010

BARCELONA CIUDAD

Barcelona ciudad,
buscas tu oportunidad
de poder escapar
de Barcelona ciudad.

Barcelona ciudad,
tu infancia quedó muy atrás.
Tu juventud se perdió
entre canción y canción.

Barcelona ciudad,
no existe un solo lugar
donde poderte colgar
en Barcelona ciudad.

Barcelona ciudad,
tu sueño no se hará realidad.
Ardiendo en tu habitación,
sentado en cualquier rincón,
esperarás con pasión
tus dosis de Rock'n'Roll.

Barcelona ciudad,
harto ya de esperar
a una chica irreal
en Barcelona ciudad.
Amor, una palabra casual,
y el sexo, un juego más,
en Barcelona ciudad.

(José María Sanz/Sabino Méndez)

ALPE

Jackie Stewart me mira todas las mañanas al levantarme. Es el mismo ritual cada inicio de curso, así que ya me sé el guión.

Esta vez mi nuevo centro de estudios está cerca del anterior, a una parada de metro.

En el andén, se improvisan conversaciones en torno al F. C. Barcelona de Johan Cruyff: de si este año se repetirá el 0-5 en el Bernabéu, de la final que Holanda, llamada la Naranja Mecánica por su fútbol innovador, perdió frente a los alemanes en el Estadio Olímpico de Múnich; en aquel partido disputado el 7 de julio pasado todos habíamos deseado que los de Cruyff ganaran el campeonato frente a la selección teutona, totalmente abducidos por lo que el astro de la pelota representa.

Pero ¿qué representa? En poco tiempo todos los adolescentes usamos los calzoncillos que Johan Cruyff recomendaba sin necesidad de enseñar el paquete.

Se hacen conjeturas siempre con segundas intenciones acerca de cómo Richard Nixon ha abandonado la Casa Blanca después del caso Watergate, algo que a mí me tiene fascinado y que sigo como una serie de ficción, en la tele.

De política nacional nadie habla, o sí, porque hablar de fútbol es una manera de hablar de política.

Yo, sin embargo, sigo sin resolver el enigma: ¿Charly es una paloma o una chica? El *hit* de Santabárbara se me hace interminable en las emisoras de radio.

Más que la diáspora vivimos la metáfora.

Espero ansioso que los viejos vagones de madera sigan funcionando, me dejo seducir por los viejos carteles que anuncian productos de entreguerras y viaje en el tiempo hasta que mi parada me devuelve a la realidad. A mi alrededor la gente, sonámbula, se deja llevar, cogidos a los manguitos, mansos, como corderos en dirección al mata-dero. Mi cabeza sobresale de la media gracias a un ritmo de crecimiento fuera de lo normal, así observo las cosas con cierta perspectiva.

... Las caras dormidas bañadas de incertidumbre, la crisis económica mundial llega a nuestro país en el peor momento, y el príncipe Juan Carlos, heredero de los principios fundamentales del Movimiento, asume de forma interina la Jefatura del Estado debido a la enfermedad del dictador, que parece que al fin revienta; eso nos dicen y nos lo creemos, porque estamos acostumbrados a que nos lo digan una sola vez y una sola voz, y mientras, nuestros vecinos lusos hacen la revolución con claveles rojos.

Nada más poner los pies en la salida del metro de la plaza Universidad me cruzo con un colegio de niñas de uniforme que gritan y cotillean de todo lo que pasa y de todo lo que se menea; al pasar a su lado mi rostro tiene el color de los tomates que descargaba de los camiones en la plaza del mercado.

Ellas no son las únicas dedicadas a la contemplación, todo paseante que cruza la plaza Universidad sabe que es

observado a distancia por un destacamento de Land Rovers con sus respectivos ocupantes que tiñen de gris las ya de por sí plomizas mañanas de los lunes.

Papá ya me lo ha advertido al salir de casa:

—No pases cerca, nunca se sabe.

—*Vigila, vés amb compte.* —Mamá, como siempre llamando al mal tiempo.

Mi nuevo colegio está en el ojo del huracán.

Con los meses me acostumbraré a las miradas burlo-
nas de las niñas de uniforme sobre mi altura y atuendo,
propio de chico de barrio que intenta desembarazarse de
los horribles gustos de mamá; también, al ver actuar a los
ocupantes de los Land Rover, aprendo a mantener las dis-
tancias.

El colegio Alpe, sito en la avenida José Antonio nú-
mero 579, entre Aribau y Muntaner, comparte protago-
nismo con el santuario barcelonés del culto al billar: el
Salón Ibérico.

Su entrada, situada en los laterales del centro docente,
es una invitación a la vida.

Empezamos bien.

Me presento al jefe de estudios; una vez cumplimenta-
dos los trámites de rigor pretende ejercer de cicerone; el
griterío que sale de una de las aulas es el presagio de lo que
se me viene encima.

Sin profesores a la vista, los alumnos sentados sobre
las mesas se pasan el pitillo; al otro lado de la clase un gru-
po de chicas forman coro ante el listo de turno que empu-
ña una guitarra, que ya me parece una manera barata de
llamar la atención.

La mayoría de mis nuevos compañeros me superan en

edad, a pocos meses de cumplir los catorce, me estreno en un colegio de locos...

Chicas de uniforme, billares, alumnos fumando en clase, los grises, de mobiliario urbano, ¿quién da más?

En las aulas reina un ambiente de desordenada permisividad.

Y sé que mi aspecto y mi forma de pensar cambiarán radicalmente, contaminado por el ambiente. Alpe, que no son más que las dos primeras sílabas del nombre de su director, Alejo Pérez, es punta de lanza de otra manera de entender la enseñanza, «moderna y europea».

Otra de las características es la importancia de la cultura deportiva; jóvenes con proyección gozan de cierta licencia a la hora de poder asistir a los entrenamientos de sus respectivos equipos; hay quien llega con la beca bajo el brazo, que el club correspondiente acredita. Como única condición se les exige formar parte del equipo escolar que compite en las ligas estatales. Así es como el colegio Alpe goza de una excelente reputación en los campeonatos nacionales que le da un aire de *college* americano, frente al poderío eclesiástico que sigue controlando y manipulando a su antojo la enseñanza en España.

Se crea un vínculo entre el alumnado y el *college*, un sentimiento de orgullo de pertenecer a un colegio diferente.

Las primeras clases de democracia me las dan unos profesores que sienten respeto por ellos mismos y por los alumnos, a los que no se les invita a salir a fumarse un pitillo.

Las asambleas entre alumnos y profesores son frecuentes, los representantes de cada curso son elegidos de forma democrática. La lucha social contra la dictadura lo impregna todo, y nadie pregunta si en una jornada de huelga las clases aparecen desiertas.

En el barrio del Clot ya sé que no hay mucho que rascar. El ambiente en casa es claustrofóbico, pero en la calle vivo en primera persona el cambio de costumbres de una ciudad que empieza a ser referente para cientos de jóvenes que van a Barcelona para sentirse más cerca de la libertad.

De casa al colegio el trayecto siempre depara sorpresas. Unas veces son las obras de acondicionamiento del viejo metropolitano en expansión, otras, hay que aprender a sortear a la policía, que se ocupa de disolver las manifestaciones que se suceden cada vez más y con mayor intensidad.

En el otoño de 1974, hay una huelga general; no será la última.

Atrapado en un fuego cruzado, paso un buen rato agazapado entre los coches aparcados mientras duran la confusión y las persecuciones.

Las manifestaciones son una buena excusa para perderme por las tiendas que en muchas estaciones de metro florecen ante mis sorprendidos ojos vendiendo todo tipo de chucherías; de tabaco a material escolar y, sobre todo, discos de vinilo que en cubetas de madera se venden a precios de saldo.

Lo que nadie quiere, me lo llevo yo.

Juego a adivinar a qué estilo musical pertenece tal o cuál artista y no me importa si es Jimi Hendrix o Buddy Holly (este último me suena de las canciones de los Beatles), y ante la duda me llevo los dos.

Lo de Hendrix me parece un coñazo, pero lo de Buddy es una revelación. *Buddy Holly Rocker* es el título del «grandes éxitos» que suena a todas horas en casa.

Me camelo a mamá para que me borde su nombre en

una vieja camisa de papá a modo de leyenda, me fabrico un lazo de *cowboy* como los que llevaban los cantantes en las fotos de los años cincuenta con una chapa de Pepsi Cola y unos cordones de zapatos.

Papá, que siempre está al quite, consigue unos auténticos *jeans* americanos de contrabando en el puerto.

Así me paseo por el barrio, ante la atenta mirada de los vecinos, que me conocen demasiado como para llamarme la atención, porque yo soy el hijo del Artillero.

A miles de kilómetros de distancia las tropas norvietnamitas ocupan Saigón. Las cámaras de televisión muestran al mundo la derrota de la superpotencia estadounidense.

Mi pasión por el baloncesto crece día a día, las chicas del equipo femenino del Grup Barna, el equipo del barrio, me saludan mientras saboreo una Coca doble y mis compañeros se dedican a inventar chistes obscenos sobre mi cara, que es pasto del acné.

Me prometo a mí mismo formar parte del equipo de baloncesto del colegio y dejar el rugby: la melé no es para mí.

Así que mato las horas perfeccionando el bote del balón y releiendo una y otra vez *Rebote*, la revista que me pone al día sobre el baloncesto y donde descubro la historia de los grandes mitos como Wild Chamberlain y Nate Archibald, porque no tengo nada mejor que hacer desde que Jackie Stewart ha dejado de mirarme todas las mañanas.

El campeonato de Fórmula 1 de 1975 que se celebra en el circuito urbano de Montjuïc deja cinco muertos, al volar sobre el público el coche del piloto alemán Stommelen.

La carrera se suspende, y yo vuelvo a casa en estado de *shock*.

Nunca más volveré a ver a Jackie Stewart.

En mi Scalextric, su Tyrrell Ford a escala reducida siempre compite con los fitipaldis de turno.

Llevo un jersey con su firma y una cazadora modelo Graham Hill de color azul; es mi posesión más querida.

Graham Hill había salvado la vida a Jackie al rescatarlo de un accidente al principio de su carrera.

Desgraciadamente, en ese trágico año de 1975 morirá en un accidente aéreo. Era un *gentleman*, de cuando ser piloto de Fórmula 1 era lo más parecido a pilotar un Spitfire en la batalla de Inglaterra durante la Segunda Guerra Mundial.

